

EL "GAP" DE HUNTINGTON

RICARDO LAGORIO*

*"We live in a world that is already in fact very different from the one which we have begun to comprehend. and by the time our comprehension has caught up with the new reality, the world is likely to be even more drastically different in ways that today may seem unthinkable"*¹

El año 1989 constituye un punto de inflexión. Se ha convertido en el referente histórico para la comprensión y análisis de los acontecimientos de este fin de siglo. No sólo por el hecho de que en ese año cayera el Muro de Berlín, y el consecuente derrumbe del imperio soviético de dominación, sino porque es percibido como el año que marca el fin de una era histórica. Asimismo, como muy bien lo señala Bzrezinski, la velocidad de los cambios se ha constituido en un elemento cotidiano de nuestra realidad y nos obliga a esforzarnos para no quedarnos detrás de los acontecimientos.

Autores tan diversos como John Lukacs y Eric Hobsbawm², entienden que en ese año termina el milenio. Para estos dos académicos nuestro siglo, que comenzó en 1914, finalizó en 1989. Si bien desde el punto de vista cronológico el mismo habrá de finalizar el último día del año 2000, las civilizaciones tienen un ritmo propio y los acontecimientos políticos a veces no coinciden con el calendario decimal. Para ambos autores fue un breve siglo que duró menos de los acostumbrados cien años. Pero fue un período intenso, violento y signado por los mayores conflictos que sufriera la humanidad.

* Diplomático. Ministro plenipotenciario. Lic. en Ciencias Políticas (UCA), Masters of Arts y Ph.D Candidate en Ciencias Políticas (City University of New York). Destinado en la misión permanente de la República Argentina ante la Naciones Unidas, 1982-1989. Subsecretario de Política y Estrategia del Ministerio de Defensa, 1983-1986. Profesor de RR.II. 1 y RR.II. 2 en la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA.

¹ Zbigniew Brzezinski: *Out of Control, Global Turmoil on the Eve of the Twenty-First Century*. Scribners, New York, 1993.

² John Lukacs: *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age*. Ticknor and Fields. New York, 1993. Eric Hobsbawm. *The Age of Extremes*. Michael Joseph. London 1994.

Zbigniew Brzezinski ha estimado que la cifra de megamuertos de esta era llega a 187 millones, lo que equivale a más de un décimo de la población mundial del año 1900. Por lo tanto no es de extrañar que el fin de siglo fuera recibido con el entusiasmo generado por el ya famoso artículo de Fukuyama, sobre el Fin de la Historia.

Con el anticipado fin del milenio, triunfaban la democracia y el capitalismo a lo largo y ancho del planeta. Asimismo, estábamos ingresando al Nuevo Orden Internacional, proclamado por el ex presidente George Bush quien, liderando una coalición de países, había vencido a un *rogue state*: Iraq³. El consenso que emergió con la llamada Guerra del Golfo era percibido como el elemento catalizador que permitiría que emergiese un eficiente sistema de seguridad internacional. De ahora en más el sistema de seguridad colectiva de las Naciones Unidas, las coaliciones multinacionales, y en general los mecanismos del sistema internacional debían funcionar de forma tal que, finalmente, los principios y propósitos de la Carta de la ONU iban a ser implementados y respetados por todos los Estados.

Pero la euforia no acaba allí. Además, este fin de siglo marca el triunfo del concepto de Globalización (que los franceses, siempre en su afán de diferenciarse, denominan *mondialisation*). Este término, nunca definido pero usado habitualmente para explicar, justificar y prever los fenómenos de estos tiempos, rápidamente se convirtió en el paradigma dominante.

La emergencia de este paradigma parte además de la premisa de la obsolescencia del Estado, aduciendo que la soberanía ya no constituye un elemento central del mismo. En ese sentido también se señala que el Estado, tal como fuera concebido y diseñado con posterioridad a la Paz de Westphalia, ya no tiene las mismas competencias ni cumple las mismas funciones que realizaba a partir del siglo XVII. Obviamente, las complejidades de este fin de centuria exigen que el Estado Nación moderno responda a demandas y exigencias de gobernabilidad distintas a las que surgieron como consecuencia de la Guerra de los Treinta Años. Por lo tanto, de lo que se trata –en lo que hace a esta cuestión– es repensar el Estado a la luz de las nuevas realidades del siglo XXI. Aun cuando el Estado haya perdido el monopolio de las relaciones internacionales moder-

³ Como dato anecdótico cabe señalar que el último capítulo del libro *The 30 Years Crisis*, escrito por E. Carr en 1939, se titula *Towards a New International Order*.

nas, el sistema mundial sigue estando centrado alrededor de dicho actor. Aun no estamos en un sistema supranacional. Citando el título de un artículo de la revista *The Economist*, "*The Nation State is Dead. Long Live the Nation-State*".⁴

Transitamos la era de la Globalización. Todo lo que ocurre en estos años es el resultado de lo que se considera un mundo único, homogéneo y uniforme. Es así que este nuevo paradigma constituye más que un instrumento de análisis, una suerte de dogma "ideologizado" para justificar todos los eventos modernos. Estamos presenciando lo que el francés Jean Francois Kahn⁵ denomina el pensamiento único. La aparición de "paradigmas", tal la Globalización, más que instrumentos teóricos para aprehender la realidad, constituyen imposiciones arbitrarias para justificar hechos. No estamos ante la presencia del paradigma en el clásico sentido que le da Thomas S. Kuhn.⁶ O sea un "*acontecimiento científico universalmente reconocido que, por un periodo de tiempo, le provee modelos de problemas y de soluciones a una comunidad de practicantes*". Pareciera más bien que está ocurriendo lo que Benedetti señala en su último libro: "*Pues bien, ahora ha proliferado otro tipo de silenciosos, que saben estar callados en tres o cuatro ideologías...*".⁷

La adopción y aceptación de un esquema así en definitiva impide que se lleven adelante, con rigor científico y en forma sistemática, debates sobre la post Guerra Fría. Lo que yo denominaría la globalización como una idea fuerza o mito, puede llegar a impedir una aproximación plural, realista y heterogénea al gran desafío de estos tiempos: pensar el siglo XXI.

La globalización constituye, sin lugar a dudas, un fenómeno central de estas postrimerías del siglo XX. Nadie puede negar el hecho de que gran cantidad de acontecimientos están directa o indirectamente influidos por el mismo. Es por ello que dos autores modernos, Barnett y Cavanagh sostienen que:

"Todos, de una manera u otra, participamos en un acontecimiento político y económico sin precedentes, aunque no podamos encontrarle el sen-

⁴ *The Nation-State is Dead. Long Live the Nation-State*, en *The Economist*. 23 de diciembre de 1995-5 de enero de 1996, págs 15-18.

⁵ Jean Francois Kahn: *La pensee unique*. Fayard, París 1995.

⁶ Thomas S. Kuhn: *The Structure of Scientific Revolutions*. The University of Chicago Press. Chicago, 1962.

⁷ Mario Benedetti: *Andamios*. Seix Barral. Buenos Aires, 1996.

tido. Sabemos que deberíamos pensar de manera global, pero si es difícil concebir la envergadura de un edificio, mucho más lo es la del planeta. Con razón, estamos a merced de palabras de moda y sonidos penetrantes. La mundialización es la palabra más de moda de los años '90, tan portentosa y maravillosamente paciente como para confundir a Alicia en el País de las Maravillas y conmover a la reina Roja, porque significa precisamente lo que el usuario dice que significa".⁸

Es por ello que si se interpreta a la globalización como un proceso lineal, homogéneo y uniforme, este "paradigma" contiene enormes paradojas. En cambio si aceptamos que, tal como lo señala la profesora Turenne Sjolander⁹, la globalización es más bien un proceso dialéctico, las fuerzas de homogeneización inevitablemente conllevan un énfasis en la distinción. Por lo tanto el problema con el concepto no radica en su validez o utilidad, sino en su carácter omnicompreensivo. El peligro radica en tratar de reducir los fenómenos actuales a una dimensión única, solamente percibida y explicada a través del paradigma de la globalización.

En este sentido, la utilización del concepto en forma totalizadora impide, por ejemplo, que se puedan aprehender fenómenos más complejos, y que cuentan con un sólido respaldo teórico, como puede ser el enfoque de los Toffler. Alvin y Heidi Toffler, en un reciente libro¹⁰, indican que "los cambios económicos y estratégicos más profundos consisten en la próxima división del mundo en tres diferentes, distintos y potencialmente conflictivas civilizaciones que no pueden ser aprehendidas utilizando definiciones convencionales...". Para el matrimonio Toffler el enfrentamiento entre las tres olas ha de delinear el escenario del siglo XXI. Para ellos el paradigma del próximo milenio no contendrá pues elementos de las tan discutidas tesis de Albert Fukuyama, Paul Kennedy y Samuel Huntington.

Es así que entiendo que, desde un punto de vista teórico, sea más útil recurrir a otros enfoques que ayuden a tener una mejor percepción de la problemática mundial.

En un artículo aparecido en la revista *Comparative Politics*, Samuel P.

⁸ Richard J. Barnet y John Cavanagh: *Sueños Globales*. Ediciones Flor del Viento, Barcelona, 1995.

⁹ Claire Turenne Sjolander: *The Rhetoric of Globalization: What's in a world ?* International Journal, Autumn 1996.

¹⁰ Alvin y Heidi Toffler: *Creating a New Civilization: The politics of the Third Wave*. Turner Publishing Inc, Atlanta, Georgia. 1994

Huntington¹¹, desarrollando una idea de Alexis de Tocqueville, señala que existe una relación entre el ritmo de movilización y de participación y el ritmo de organización y de institucionalización. Por lo tanto para este autor existe una ecuación política, construida en función de una relación entre movilización e institucionalización y el impacto de la simetría o asimetría de estos dos términos respecto de la estabilidad del sistema. Esta construcción intelectual, ideada en términos de ciencia política, es también válida para entender el actual contexto mundial.

Sin llegar al extremo de la polarización implícita en la tesis de Benjamin Barber¹², en el sentido de que el actual escenario es el de una dicotomía entre fuerzas centrifugas y centripetas, existen tensiones objetivas que merecen ser analizadas.

En 1993, con motivo de los *hearings* para la aceptación de su designación en el cargo, el entonces nominado Secretario de Estado Warren Christopher advirtió que "*si no hallamos algún modo de que diferentes grupos étnicos puedan vivir juntos en el país... tendremos cinco mil naciones en vez del centenar largo con el que contamos ahora*".¹³

Es así que desde una perspectiva sistémica, una de las consecuencias del fin de la Guerra Fría lo constituye la aparición de nuevos Estados. La desintegración del Imperio Soviético y de Yugoslavia dieron nacimiento a nuevas entidades estatales. Este fenómeno, sumado a la independencia y aparición de numerosos mini-Estados ha llevado a que la membresía en las Naciones Unidas aumente, en lo que va del decenio, en unos 30 nuevos Estados.

Este fin de siglo es testigo de la proliferación de nuevos actores no estatales (públicos y privados, legales e ilegales), la aparición de bloques y de procesos de integración, conformando todo esto una constelación de actores movilizados que presionan con nuevas demandas sobre el sistema internacional.

Lo que se denomina comunmente la nueva agenda de temas internacionales, está conformada no solamente con *issues* nuevos, sino también manejada -en muchos casos- por actores que han aparecido en el último decenio.

Es así que hoy son motivo de atención y de diseño de políticas pu-

¹¹ Samuel P. Huntington: *Political Development and Political Decay*. Comparative Politics, 1976.

¹² Benjamin R. Barber: *Jihad vs. McWorld*. Times Books, New York. 1995

¹³ David Binder y Barbara Crossette: *As ethnic wars multiply, US strives for a policy*. The New Times. 7 de febrero de 1993.

blicas temas tan diversos –considerados hasta no hace mucho como perteneciendo a la baja política– como la ecología, migraciones, droga y narcotráfico, epidemias, corrupción, mafia...

Temas todos ellos novedosos que trascienden el ámbito estatal y que, por lo tanto, se convierten en cuestiones transnacionales, demandando un tratamiento a través de mecanismos multilaterales. Y aquí es en donde radica la actual crisis. En la incapacidad del sistema internacional moderno, la imposibilidad de los Estados modernos de consensuar políticas y de delinear mecanismos eficientes y eficaces que puedan responder a los desafíos del nuevo milenio.

La globalización es un hecho en cuestiones económicas, financieras, en materia informativa y en las comunicaciones. El impacto de la ciencia y de la tecnología en estas áreas permite que el mundo, en ciertos aspectos, se haya convertido en una aldea global y que los fenómenos sean percibidos y generen consecuencias en tiempo real. La inmediatez del movimiento de los flujos financieros; el impacto en cascada de las fluctuaciones en las diversas bolsas de valores; la casi automática interrelación del impacto de medidas económicas; la proliferación y multiplicación del consumo masivo de marcas (brands), son algunos ejemplos válidos de lo señalado. En estas áreas, el sistema internacional ha podido diseñar mecanismos e instituciones que permiten afrontar y gobernar las nuevas realidades. No obstante ello, aun este impacto dista mucho de influir directamente en la vida cotidiana de cientos de millones de hombres y mujeres en África y Asia.¹⁴

Pero en otras áreas, las que hacen a lo que se denomina la nueva agenda, los efectos y las consecuencias de la globalización son distintos. Hay muchos sectores en donde el sistema internacional aun no ha sido capaz de generar los mecanismos e instituciones que permitan regir en forma eficaz y eficiente los problemas.

Ejemplo de ello es la dificultad que tiene la comunidad internacional para “gobernar” crisis como las de Haití, la ex-Yugoslavia, Albania, y con mucho mayor dramatismo, la situación en países como Argelia, Zaire, Rwanda... Estos y otros ejemplos son demostrativos de las dificultades

¹⁴ No obstante conviene tener presente lo que George Soros, un arquetipo del capitalismo financiero moderno y discípulo de Karl Popper, manifiesta en un reciente artículo de la revista Atlantic Magazine: “El mayor enemigo de la civilización actual no lo constituye el comunismo, sino el capitalismo”.

que afronta la sociedad internacional, en cuestiones relativas a la paz y seguridad internacionales, que aun no encuentra formas de responder a las nuevas formas de conflicto.

Asimismo, la proliferación de amenazas nuevas, como la violencia interior, el crimen internacional, la corrupción, las epidemias, la droga, la degradación del planeta... constituyen a escala mundial hechos tan novedosos como críticos que son difíciles de consensuar en términos multilaterales. Robert Kaplan, en un artículo aparecido en 1991, y posteriormente en un libro¹⁵ de reciente edición, llama la atención sobre el peligro de la falta de atención a estas cuestiones y la falta de respuesta de la comunidad internacional. Esto lleva al autor a referirse al futuro en términos muy escépticos y pensar sobre la posibilidad de una próxima anarquía: *the coming anarchy*.

El periodista Jeffrey Goldberg, que suele escribir en *The New York Times*¹⁶, en un reciente artículo aparecido en la revista dominical de dicho diario se refiere a las nuevas amenazas a la seguridad internacional: las epidemias. Para Goldberg, esto constituye una cuestión de seguridad nacional biológica. Considera este autor que situaciones como la descrita, deberían ser motivo de análisis por parte de los tomadores de decisión, ya que en estas cuestiones puede estar el germen de futuros conflictos.

Y es en estas áreas en donde la globalización no da respuestas y, por el contrario, la inmediatez y el achicamiento del mundo tienen efectos perniciosos sobre el sistema internacional. En estos casos la aparición de nuevos *issues*, de nuevos actores (por ejemplo, *médicos sin frontera...*), no generan una respuesta institucional por parte de la comunidad mundial, permitiendo que haya un deterioro cualitativo a nivel global.

La creciente y compleja interdependencia, fenómeno que ya tiene varias décadas, el impacto de la ciencia y la tecnología en la vida cotidiana, la emergencia de una mayor conciencia universal, son todos ellos fenómenos que exigen una nueva respuesta institucional. Es necesario un mayor compromiso por parte de los actores estatales con estos problemas, y fundamentalmente un mayor y creciente consenso a través de mecanismos y normas multilaterales, de forma de poder enfrentar estos riesgos de manera coordinada.

El año 2001 presentará, tal y como ocurriera en anteriores inicios de

¹⁵ Robert D. Kaplan: *The Coming Anarchy*. en *The Atlantic Monthly*, February 1991. Robert D. Kaplan: *The Ends of the Earth*. Vintage Books, New York, 1997

¹⁶ Jeffrey Goldberg: *Our Africa*. en *The New York Times Magazine*, March 2, 1997.

nuevas eras, nuevas oportunidades así como nuevos riesgos y amenazas. El desafío de las futuras generaciones consiste en poder dar respuestas institucionales, de manera que la ecuación de Huntington no se convierta en una brecha (*gap*) o un obstáculo para el diseño de respuestas acordes a las necesidades del nuevo milenio.

La globalización como hecho o como elemento distintivo del actual sistema internacional, exigirá cada vez más mecanismos e instituciones multilaterales para dar repuesta a la creciente y compleja problemática de las décadas venideras. Pero para ello es necesario que los Estados, que los responsables de tomar decisiones a nivel mundial –y me refiero tanto al ámbito público como privado– tengan una vocación y solidaridad universal y crean firmemente en la necesidad de recurrir a la ingeniería institucional internacional.

Esto es esencial para que tengamos un orden internacional estable y evitemos que ocurra lo que Henry Kissinger manifiesta en su último libro¹⁷:

“Whether an international order is relatively stable, like the one that emerged from the Congress of Vienna, or highly volatile like those that emerged from the Peace of Westphalia and the Treaty of Versailles, depends on the degree to which they reconcile what makes the constituent societies feel secure with what they consider just”.

¹⁷ Henry Kissinger: *Diplomacy*. Simon and Schuster, New York. 1994.